

GUILLERMO ALBERTO ARÉVALO***ROCA ATRAPADO EN EL AIRE**

Existen muchas maneras de entender lo que dicen los poetas. Para quien esto escribe, la recepción de la obra lírica de Juan Manuel Roca ha sido, de alguna forma, como una carta captada “en el buzón del viento”, emitida de manera nocturna desde un lugar remoto, que sin embargo se ubica en la misma ciudad en la cual vivo: “La noche: clavecín de lejanías”.

Noche, no te vayas

El ámbito de la oscuridad, generado para las artes por el romanticismo, ha mantenido su presencia obsesiva en toda la poesía posterior. Y Roca no constituye una excepción: también escribe en medio de lo nocturno:

*Todas las noches me amo de palabra
Para la blanca batalla que libro entre papeles.*

Recordemos, citando pocos casos, a Novalis, a Bécquer, a Pombo, a Silva. Razón tuvo el crítico que habló de un “romanticismo desromantizado” para referirse a la lírica contemporánea. Sin embargo, en la obra que nos ocupa, la noche adquiere también su personalidad individual; no es la placidez que induce a idealizar o sufrir la realidad con el permiso de su oscura complicidad, como en la célebre *Alianza (Sonata)* de Neruda, por ejemplo. Es la hora de la luna de los ciegos, del cruce de ignotos trenes, del galopar de enigmáticos caballos, del arribo “*de oscuros visitantes*”, secretos y túneles, de mujeres que nos acompañan un momento mas desvanecen en la sombra, pues apenas permanecen en la frágil palabra: “*cada palabra: un pájaro tocado por la muerte en pleno vuelo*”. Es el Cambio de guardia en el cual reviven muertos y surgen fantasmas que nos aportan su mensaje de otros mundos, la poesía es casi un oficio equiparable al de *Los ladrones nocturnos*, oscuros, invisibles, sigilosos, impredecibles, costureros erráticos de destinos ajenos.

Así, con la rigurosa pluma y homenajando para los cómplices lectores a Saint-John Perse, a Georg Trakl, a Seferis, a Borges, a Michaud, a Blake, a Rimbaud, se inició la incontenible serie de poemarios de Juan Manuel Roca, uno de los más significativos escritores de la generación en la cual nos movemos.

* Profesor. Departamento de Lenguas. Universidad Pedagógica Nacional.

Un país que se pierde en la memoria

Cuando publica su *Mester de hechicería*, Roca recuerda a “los señores del maíz”; introduce entonces en su obra la conciencia histórica y política. Como en la solapa de su *Antología* poética lo afirma Guillermo Martínez González, “más bien como consecuencia, Juan Manuel Roca afirma el papel político de la poesía. El está convencido de que el poeta no puede ser pasivo en la sociedad y su empeño fundamental es el de modificar el mundo, la época de escamio que nos corresponde vivir. Pero Roca no aspira a hacer sociologismos, su poesía habla al corazón y a la inteligencia de los hombres. Es convocadora de la sublevación, de la denuncia, pero también resonancia de las experiencias esenciales y los motivos de la lírica de todos los tiempos”.

En esta colección comienza a hablar el poeta de “*cartas selladas con lacre*” que acusaban a las mujeres de estas Indias de ser hechiceras

*Mientras la flauta convoca paisajes
Hasta dar con un país partido,*

y de

*la larga noche de mi país;
La larga noche
Con el cuerpo cubierto de algas y cuchillos.*

Así se abre este mundo poético a la faceta de lo epistolar. Por la atracción que tal aspecto me ha producido, voy a referirme a él.

“Callen barbas y hablen cartas”*

En 1980, Roca publicó *Fabulario real*. En él se incluye una *Guía para el viajero* que ya incorpora a su estilo la relación dialogal con el lector. Y se distancia (en términos brechtianos) a tal posible o “desocupado lector”, situándolo en las condiciones de un “extranjero” al cual se le presenta este país, que simboliza también “*todos los países del miedo*” y que “*alimenta sus fuegos*”, a pesar de las torturas, el terror, la miseria, los hambreados.

En el siguiente poemario, *País secreto*, recurre a la palabra que identifica su intención de una misiva en *Una carta rumbo a Gales*, el cual, irremediamente evoca la *Epístola a Madame Lugones* de Rubén Darío. Se trata de otra presentación de la patria, con la disculpa de una pregunta formulada en la previa correspondencia.

* Cervantes, *Don Quijote*.

Al contestar desde “*este lado del mar*”, las calles por las cuales se pasea son “*un largo viaje por la haga*”, lo que se siente es “*un alfileteo en el cuerpo*”, y el sol ha degenerado en “*un viejo drogo que ha lamido esas heridas*. Tras enterar a la corresponsal, “*Dulce Señora*”, de los contrastes de la realidad Colombiana – hermosos paisajes de palmeras “cantoras” y terribles situaciones sociales, -como la de los torturados-, y donde se vive “*Entre lunas de ayer muertos y despojos*”, se le cuenta que aquí existen mujeres

*...encorvadas al pedal de la Singer
Que hubieran podido llegar en su loco pedaleo
Hasta Java y Burdeos,
Hasta el Nepal y su pueblito de Gales,
Donde supongo que bebía sombras su querido Dylan*

Thomas.

*Las mujeres de este país son capaces
De coserle un botón al viento,
De vestirlo de organista.*

En *Botellas de náufrago*, perteneciente al mismo libro, Roca plantea toda una “poética” de su estilo de cartas. Parte de ubicarse “*En la pequeña habitación en donde vivo*”, comparándose con Jonás en el vientre de la ballena, y termina con un pequeño resto de envases para lanzar su heráldica, no sin antes aclarar:

*Pienso: quizás los poemas sólo sean
Mensajes enviados por un náufrago,
Botellas con gritos probablemente escritos
Que acaso vayan desde el mar de los silencios
A las playas del olvido.*

Es clara la concepción del poeta en su modalidad epistolar. Y acudirá de nuevo a ella en su *Parte de guerra*, otra manera de comunicarse por medio de una esquila, en *Lista negra*, o también en el bello homenaje al ensayista Luis Tejada.

En su más reciente publicación, *La farmacia del ángel*, Roca reincurre en diversas formas del género epistolar, tales como la arenga (del que sueña), la parábola (del incierto), la postal recibida (de Roma), la convocatoria (en *La soledad del guardafaros*), la *Carta sin regreso*, la oración (a Nuestra Señora de Comala), la Antiodisea (de Penélope para Ulises), en fin...

*Convengamos
Que un puente está tendido
Entre un punto del vacío
Y otro de la ausencia.*

Mensaje recibido

Escribir una carta es una muestra de amistad, de confianza, de cariño; constituye un intercambio de persona a persona, abre a la intimidad las relaciones entre quien la redacta y envía y quien la recibe y lee. Es en las cartas donde más se nos revela la personalidad de quienes las han escrito. Se prestan, además, para los fervientes mensajes, los más urgentes, los que uno quisiera gritar en mitad de las calles, si fuera posible que alguien los escuchara. Juan Manuel Roca ha enviado su botella a las olas de los océanos, como lo enuncia:

*Sin saber para quién
Envío esta carta puesta en el buzón del viento.*

Y la misiva abierta hace público ese último énfasis: está escrita para múltiples lectores, si bien conserva su carácter de privacidad frente a cada uno. La *Carta del incierto* nos habla “de ausencias y de amores”, y por fortuna no se arredra ante quienes prohíben el sueño; más bien se ubica del lado de los que “dan voz al limpio viento”. Doy por recibida la correspondencia. Adhiero a su esperanza en el futuro. Me sumo a las huestes de tal sueño, y no puedo evitar el recuerdo de un texto de Rainer María Rilke: “Soy uno de aquellos hombres pasados de moda (*altmodischen*), que ven todavía en las cartas una manera de tratarse, una de las más bellas y fructíferas”.

Sin Postdata.